

Etnología

LA POESIA GUARAUNA

Tal vez el continuo rumor del río que baja cantando por sus cien bocas en nuestro Delta, tal vez los inesperados chillidos de los guacamayos que cruzan rápidos el paisaje, tal vez las voces de los araguatos, tal vez todo eso junto ha plasmado en el alma guarauña un armónico sentido de lo melódico que mezcla suavemente lo temperado y lo seminostálgico con los estrepitosos sonos de las danzas alrededor de la neumona.

Lo apacible de las islas y mansas aguas ha sostenido una vida fácil y tranquila, de ahí la euforia del guarauño, la gente pequeña y jovial de quien habla el gran conocedor del Orinoco y sus habitantes, el P. Gumilla. Por eso este indio canta, toda su vida la pasa cantando, canta niño en los coros y juegos, canta solo

**"Dimuka, Dimuka, ji janoko yakera.
Tío, tío, tío, tu casa es bonita. Más bonita que la casa de nuestro jefe.
Bare, a janoko, janoko yakerá.
La casa del Padre es casa bonita. Nosotros iremos a la casa del Padre.
En la casa del Padre hay muchas flores. Nosotros iremos. Nosotros iremos.**

Las plantas flotantes, esas lentas barcas vegetales que bajan el río con la corriente y los remontan cuando sube la marea en verano, que más de una vez han encendido la imaginación de los poetas, también sirvieron de motivo al cancionero deltano; dice el bardo guarao: "Como una bora o camalote iré flotando por el Barima, iré, iré... iré buscando un tronco en pie y en él me arrimaré". Ur-

cuando va braceando pausadamente en la cuariara, canta al son de la maraca y del zeke, zeke, canta en compañía de varios alternando las voces finas de las mujeres con los tonos graves de los indios.

Le debemos al P. Basilio de Barral que ha convivido durante años con los guarauños en el Amacuro la selección y comentario de no pocas de esas canciones.

El alma de la raza flora en la boca del espontáneo cancionero popular; el guarauño canta lo que le impresiona más directamente; vertido hacia el ambiente exterior como lo hacían los más antiguos habitantes de Grecia; canta el paisaje, los ríos, los animales, la comida; su canto está muy lejos de girar alrededor de un hecho o situación personal, o mucho menos se detiene a expresar por sí mismo sus sentimientos.

Describe, se detiene naturalmente en detalles, y eso muestra al indio atento y recogedor de lo típico que está en torno suyo.

Podríamos traer como modelo la canción al río Amacuro: dice "La garza oscura del Amacuro... tiene la lengua chiquita... picotea buscando bajo las piedras a los camaroncitos." Eso es lo que celebra el guarao: la pequeñez de la lengua de las garzas y el que se alimenta de camarones a la orilla del río.

Descripción infantil es el canto Dimuka Dimuka. Le ha entrado por los ojos la casa de su tío y la pondera llana y sencillamente.. Así también le ha llamado la atención la vivienda que el misionero construyó con ellos.

giendo la comparación trae el indio el hecho de que los camalotes pueden detenerse en la orilla cuando un tronco fuerte y enhiesto se interpone a su marcha.

"Cuando sube la marea, remontaré el Barima como lo hacen los mosures". Repeticiones —canciones al fin— forman el canto guarao:

"Barima, Barima, Asarari nomuka, monuka.

Barima, Barima, Barima. Llegaré como el cangrejo a la casa de la gallineta. Llegaré, llegaré, llegaré.

A la casa de la gallineta como el cangrejo llegaré.

Es delicado por demás cuando entona una canción de cuna como esta: "Duérmete, duérmete, ¡eal! duérmete... mira que tigre está cerca... tú papá no está aquí, está tumabando palmas y tú mamá está colando la entraña del moriche... Duérmete, que si sigues llorando el tigre te comerá". Alusiones vivas a la faena de la tribu: la del padre es cortar las pal-

mas del moriche y sacarles el tuétano, mientras la madre lo exprime y lo diluye en el agua. Y como en todos los países y en todas las lenguas se le asusta al niño con el tigre o con el coco, con la bruja para que se duerma. Bella canción de cuna. La joven piensa ya en los trabajos de un matrimonio con un criollo y canta:

Aroka anibora ni sakore.

Cuando me case con el joven de Aruca, beberé casire.

Cuando me case con el joven de Aruca no tendré necesidades.

Yo beberé el casire del joven de Aruca.

Si me caso con un indio seré pobre.

Si me caso con un criollo seré rica.

La umbrosidad y misterio de la alta vegetación del Delta hacen fantasear al indio y sus creencias y mitos siguen una trayectoria muy parecida a los primitivos germanos, basta recordar los dioses tutelares de la selva, las cabezas de venado y los hermes de esas mitologías.

El canto "tamatika-mo" es un monólogo en boca de uno de esos faunos moradores solitarios de la selva del bajo Delta; se lamenta de que su vida ya no es la del indio guarao, sino la de animales nocturnos y pájaros de los penumbrosos bosques. Dice que se va transformando en lechuza y suplica a sus amigos y hermanos que lo ayuden a salir de ese estado dijéramos de encantamiento.

Estas mismas ideas las repiten una y más veces en el transcurso del canto que respira melancolía. Repetición de palabras y frases acompasadas y rítmicas, como golpes del boga, canción apta para los brazos que manejan día y noche el canalete.

Quién sabe el tiempo que se oye en el Amacuro el canto "Tamatika-mo"

...Puede ser muy antiguo, en él no aparecen resabios poscolombinos tal como resaltan en otros cancioneros salpicados de palabras de este género: Compañía, compañía; capitán, capitán.

Hay ciertos tipos de canciones de las que se puede asegurar que han nacido y muerto con los hombres que las inventaron. Flor de un día y una época traen sin embargo, el historial de las tradiciones pasadas, por eso todas tienen interés.

Los que parecen más antiguos son los cantos rituales, privilegio de los brujos y maraqueros; pero nada se puede asegurar en firme. La historia de ese folklore es de hoy y nuestros padres nada nos dejaron como herencia documental; siglos de aislamiento guarauño!

Nosotros, sin decir ni comentar apenas nada— se ve que no podemos— hacemos lo que antes no se hizo: salvamos a la posteridad lo poco que hemos rasguñado del cúmulo de tradiciones y folklore y lo hacemos con la actitud del que recoge los restos de un naufragio porque vemos que la raza de quien hablamos va fatalmente a la nada.

RAFAEL CARIAS, S. J.